

Antoni Puigverd

Ahora o nunca

La política de verdad no ha alzado todavía el telón. Las elecciones lo distorsionan todo con sus inevitables fuegos artificiales, simulaciones y equívocos. La peripecia parlamentaria de la candidatura de Miquel Iceta a la presidencia del Senado puede interpretarse como una maniobra destinada a retratar a los adversarios en plena campaña. Las elecciones del próximo domingo –recordémoslo– equivalen a una segunda vuelta. Pueden confirmar o corregir la posición preeminente que han conseguido ERC en Catalunya y Pedro Sánchez en toda España (con significativa aportación del PSC).

Mientras los demás partidos han quedado muy lejos de sus expectativas, el PSOE ha logrado un resultado más bello que fuerte. Engañoso. Simula una preeminencia de la izquierda sobre la derecha que en realidad no existe. Paradojas de la vida: un sistema electoral pensado en la transición para favorecer a Suárez en detrimento de las izquierdas ahora ha favorecido al PSOE, que, sin embargo, tendrá que hacer mucha gimnasia de contorsión para asegurar un gobierno estable durante los cuatro próximos años sin elecciones que Sánchez tendrá a disposición.

Estos cuatro años serán tan determinantes para las izquierdas españolas como lo está siendo en Francia la presidencia de Emmanuel Macron. Si los partidos tradicionales han sido enviados al basurero de la historia, ¿qué alternativa queda en Francia? El lepenismo. En España las cosas parecen diferentes, pero quizás no lo son tanto. Las derechas competirán entre ellas, pero, dada la fuerte tendencia a la unidad que han expresado en las décadas precedentes, puede darse por descontado que no permanecerán separadas por mucho tiempo. No sabemos si la iniciativa estará en manos del tradicional PP o del moderno Cs. Pero, más tarde o más temprano, la derecha se reagrupará. Refundada.

PSOE y Podemos están obligados, por consiguiente, a dar el do de pecho. El PSOE no puede tocar más el violín (desde la caída de Felipe González, no hace otra co-

sa). Hay realidades que deben ser afrontadas con vigor: la creciente desigualdad social y generacional, los miedos de la clase media, el envejecimiento de la población, el vaciamiento de la España interior y, por supuesto, la pluralidad territorial. No sé si Pedro Sánchez es consciente de que ya no basta con frases musicales para hacer frente a todas estas exigencias de la realidad. España, que ha coqueteado durante años con la antipatía, la agresividad y el recelo, necesita una especie de *new deal*.

El independentismo no contribuirá a la solución federal (pues, de ser verdadera, equivaldría a una opa)



ADAM BURN / GETTY

Un Nuevo Acuerdo patriótico que podría centrarse en la revolución energética y la reindustrialización (partiendo de las formidables condiciones españolas para una revolución verde y en la línea que propone la demócrata norteamericana Alexandria Ocasio-Cortez). La ciudadanía española necesita una ilusión colectiva, después de tantos años de crispación política y tensiones territoriales; y después de una larga depresión hija de la corrupción y la debilidad económica.

Si el objetivo fuese verdaderamente esperanzador, los jóvenes universitarios aho-

ra precarizados o extranjerizados podrían asumir un papel decisivo, ya que el talento no falta. Por otra parte, el horizonte positivo y mancomunado de un *new deal* podría otorgar un papel efectivo también a los territorios. Como el caso valenciano empieza a demostrar, España necesita cultivar, por encima de todo, la confianza en la estructura autonómica, desprestigiada en los últimos años por la corrupción y el conflicto. Es necesario un gran objetivo transversal que, al margen de las siglas políticas, consiga reanimar a los territorios y a la ciudadanía.

Un gran objetivo colectivo de carácter económico, pero también innovador, disruptivo, permitiría fomentar un clima de confianza que favoreciera, paralelamente, la puesta en marcha del proyecto de federalización aprobado por los socialistas en la declaración de Granada (2013).

Con respecto al pleito catalán, parece que existe sobre la mesa un proyecto verdadero, basado en hechos y propuestas, ya no en retórica de violín. Parece que los nombramientos de Meritxell Batet y Manuel Cruz como presidentes del Congreso y del Senado no son agua de borrajas, sino indicadores de una intención. Pero el brillante columnista Guillem Martínez ha recordado, con razón, que el federalismo equivale a los billetes de 500 euros: se supone que existen, pero no sabemos de qué color son. Existe el peligro de que el federalismo se parezca al *processisme*: “Una autodefinición, sin ganas ni posibilidades de convertirse en realidad efectiva”.

Sea como fuere, y tal como ocurrió en los primeros compases del *procés*, la jugada que se inicia con Iceta y culmina con Batet y Cruz ha conseguido poner nerviosos a los partidos independentistas. Está claro que el independentismo no contribuirá a la solución federal (pues, de ser verdadera, equivaldría a una opa). Pero no es a ellos a quienes hay que dirigirse, sino a la sociedad catalana globalmente considerada. Desde mucho antes de la sentencia del 2010, ningún líder español ha hecho política en Catalunya. Ahora o nunca.

Joana Bonet



Fragilidad masculina

Siempre hubo hombres coquetos que iban a comprarse la crema hidratante con más reparo que si fueran al *sex shop*, hasta que daban con una vendedora que les lavaba la culpa con sus labios de tiramisú y les proveía de otros placeres instantáneos. Cuánta delicadeza empleaba para enseñarles a aplicar el contorno de ojos mediante suaves golpecitos en la sien. “Así, con ligeros toques”, les ilustraban aquellas diosas iniciáticas en el arte de la cosmética masculina, aunque ellos debían servirse de la oferta para after shave, no existía. “Ayer fui al Cortes Inglés y me llevé tres *mariconcreams*”, le oí contar una vez a un periodista de fama a otro, a pesar de que aquel chistecillo oscureciera su acto, o ¿no era una forma de excusarse y a la vez festejar su nueva filia? La industria cosmética bascula entre dos polos antagónicos: es tan conservadora como astuta. Hace casi veinte años, Jean-Paul Gaultier intentó poner de moda los lápices de khol para hombres, corrigiendo la renuncia a la coquetería del nuevo constructo de hombre. Se adelantó demasiado en el tiempo.

Éxito, vigor, dureza, determinación, escasa emotividad, capacidad de proveer, autoridad... todo eso incluía el catálogo de lo que debía ser un hombre del

Jean-Paul Gaultier fue un visionario: la cosmética que supera el género hoy crece entre los gurús del lujo

siglo XX, lo que causaba gran angustia a muchos de ellos. Los más conscientes buscaron la manera de conciliar el rol con su verdadera identidad aflojando en rigidez, pero la gran mayoría se instaló en lo que los anglosajones denominan *fragilidad masculina*. El psicoterapeuta Roger Horrocks la define así: “Es una paradoja: la masculinidad patriarcal rompe al hombre, formado y a la vez destruido por su propio poder”. En verdad tembloroso, pues se siente cuestionado a cada instante y ve a las mujeres como el enemigo que pronto acabará por usurparle su lugar preeminente.

Los hombres frágiles son aquellos que se preocupan de aclarar que no son gais –y ni siquiera afeminados– aunque nadie se lo haya preguntado; airean a los cuatro vientos su pasión por las mujeres, también sin que venga a cuento, y urden tramas de sexismo conspirativo contra los varones. Además, albergan una auténtica aprensión hacia el colectivo LGTB, les espanta el color rosa y en caso de utilizar cosmética recurrirán a marcas que apelan a hombres como ellos, de una pieza, cazadores épicos, mientras que juzgarán con falsa perplejidad, propia de quienes no pueden mover sus columnas mentales, a aquellos que se maquillan.

Gaultier fue un visionario: la cosmética que supera el género hoy crece entre los gurús del lujo, sin olvidar el furor coreano, una cultura pionera en estética en que los muchachos invierten más en cuidarse que en cualquier otro lugar del mundo. Se les llama *khonminam*, combinación de las palabras *flor* y *hombre bello*, sin connotaciones femeninas, sin temor a que su virilidad sea examinada por un tribunal de mujeres, las mismas que en este Occidente frágil siguen soñando, muy a su pesar, con los *marlboro man*.

Miquel Seguró

Pueblo y ‘demos’

Uno de los elementos recurrentes del populismo es hacer referencia al pueblo. De ahí viene su nombre. Popular remite a *populus*, que, tras algunas transformaciones y matizaciones, hoy puede significar una entidad cultural (pueblos antiguos), social (estratos humildes) o lo común y mayoritario (pueblo llano, como se dice coloquialmente). Este último sentido se solapa también al de gente, siendo a veces indistinto sostener “esto es lo que quiere el pueblo”, “esto es lo que pide la gente”.

Hablar en nombre del pueblo, desde el pueblo y para el pueblo, es un resorte habitual de muchos discursos progresistas y de transformación social. Pero no sólo. Es más,

también se hace referencia al pueblo en términos nacionales (pueblo español, pueblo catalán) o religiosos (pueblo de Dios). Así que pueblo puede serlo de muchas cosas, lo que comporta, inversamente, que no tiene un solo significado.

Si se da, en lo formal, en su estructura discursiva, un mismo patrón: lo popular se opone a lo no popular. En la antigua Roma, por ejemplo, el *populus* (jóvenes con capacidad de acción ciudadana, pero no de gobierno –*puber* significa adolescente–) se contraponía a *senatus* (ancianos con capacidad de incidencia directa en la toma de decisiones –*senex* significa anciano–). Así que si hay pueblo es porque alguien no lo es. De ahí que otra de las características del populismo sea la asunción de una oposición binaria fundamental. Quién representa el *nosotros* y quién el *ellos* es lo que dife-

rencia los sentidos del concepto pueblo.

En lo político y de izquierdas, decirse ser el pueblo conlleva sostener una afirmación problemática. Primero porque, en términos marxistas, se unificaría lo heterogéneo: ¿un obrero (asalariado) y un autónomo (empresario) son pueblo? Y segundo porque lo precario no siempre va de la mano del estrato social: ¿un obrero con un salario superior al de un empresario es más pueblo?

Hacer del vocablo polisémico *pueblo* una categoría ontológica estática y evidente, como si fuera heredera de la noción latina *plebs* (plebe), implica tener que afrontar unas cuantas aporías. Por eso, dado que vivimos en democracia, es más pertinente referirse a *demos*, mucho más genérico (demografía se liga a *demos*, por ejemplo) e inclusivo. Y también mucho más comunitario, sin duda.